

Seis preguntas (que no le hice) a Juan Gelman¹

ALEJANDRO FITZMAURICE

A la niña boba, astillero siempre.

⊙ Fue entonces cuando entendí que algunos poetas argentinos tenían corazón de boxeadores. Martillos en los brazos. Tenía quince o dieciséis años. El criterio era simple: si no dolía, no era un buen poema. Ya lo sospechaba de Cortázar. También de Lugones, a quien, después de recitar tantas veces por castigo en la secundaria, comencé a buscar a solas en la biblioteca y por el gusto de sentir el sabor de sus nudillos.

Con Gelman fue diferente. Desde el principio. Aún conservo la cicatriz en la cabeza de su poema, cuando un amigo llevó a mi casa *El lado oscuro del corazón*, de Eliseo Subiela, pensando que era una película pornográfica. “Basta por esta noche cierro / la puerta me pongo / el saco guardo / los papelitos donde / no hago sino hablar de ti / mentir sobre tu paradero / cuerpo que me has de temblar.”

Por eso pienso que conozco a Juan Gelman. Si lo veo de frente, igual y lo saludo. Igual y le doy la palmadita en el hombro y hasta lo tuteo. A Gelman lo hice mi cómplice. Desde que comencé el clásico de recitar versos ajenos a algunas compañeras, sin aclarar su autoría por supuesto. Ya luego me enteré de su historia. De cómo la justicia siempre le va a quedar lejos. Con Gelman, comencé a suponer lo que era la muerte, la soledad y el exilio, cuando aún la vida no me daba ni un codazo de dolor.

A todas éstas, confieso que aquí iba su entrevista. Por supuesto no se pudo. Sólo a mí se me ocurre buscar diálogo con un Premio Cervantes con poca anticipación. Lo digo en serio. No es reclamo ni rabieta. Con resignación y algo de culpa escribo esto. Es sólo que ya me lo imaginaba de frente, haciéndole las preguntas que había formulado con los años. Transcribo algunas.

La primera era sobre Buenos Aires, particularmente de su barrio, el barrio de Villa Crespo. Quería que me dijera cuál era su recuerdo más nítido, el predilecto. También deseaba hablar de fútbol. Saber qué posición jugaba de chico. Si era frenético delantero o portero melancólico. Averiguar si todavía lo conmueve algún partido del Atlanta, el equipo del barrio. Acaso el gol de Maradona del mundial de '86, ya metidos en el tema.

- Alejandro Fitzmaurice Cahlni (Mérida, 1980) es licenciado en comunicación. Ha publicado diversos artículos, crónicas y reseñas en periódicos y revistas del sureste mexicano. Participó en el libro *Luna posible*, antología de poetas y escritores jóvenes de Yucatán. Actualmente estudia guionismo.

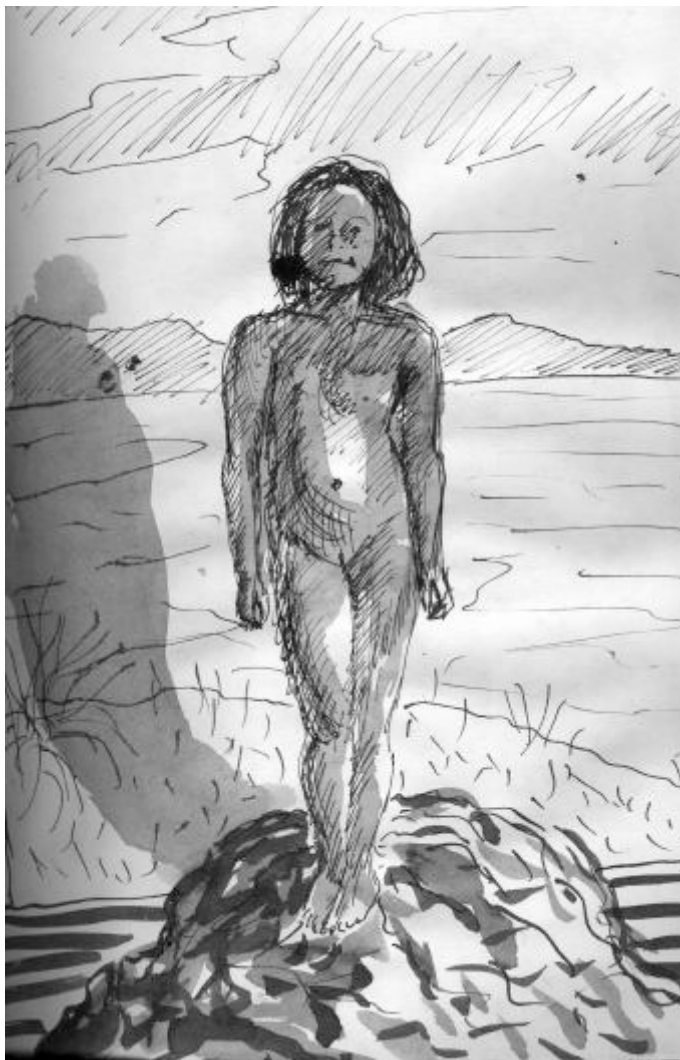
¹ Este mes, el escritor argentino Juan Gelman recibirá el Premio Cervantes, acontecimiento que **EstePaís** | cultura celebra con la publicación del presente texto.

La segunda era tocar el tema del Pan Duro, su primer grupo literario, que sostenía que “la poesía es un artículo de primera necesidad, como el pan y el fusil”, y saber de su boca cómo sería el mundo, cómo cambiaría, si la poesía, literalmente, se buscara como alimento en la alacena. En ese entonces, 1956, Gelman publica *Violín y otras cuestiones*. “Padre, / desde los cielos bájate, / he olvidado / las oraciones que me enseñó la abuela, / pobrecita, ella reposa ahora, / no tiene que lavar, limpiar, no tiene / que preocuparse andando el día por la ropa, / no tiene que velar la noche, pena y pena, / rezar, pedirte cosas, rezongarte dulcemente.” Dice el poeta Eduardo Casar, y con razón, que Gelman no es autor fácil: “Es un poeta difícil, con mucha influencia de Vallejo. Gelman es un poeta que inventa neologismos, inventa palabras, comete lo que serían incorrecciones gramaticales, pero que desde el punto de vista expresivo le funcionan muy bien”. Sin embargo, en esa etapa, respetando los postulados del grupo, escribe con un estilo cotidiano, buscando entre líneas el tango, cuya influencia se hace definitiva en un libro posterior. En *Gotán* (las sílabas de *tango* invertidas), Gelman retrata el ritmo de dicho género, tomando también de él “[...] su característica de reflexión existencial y trágica”. Transcribo un fragmento de “Mi Buenos Aires querido”: “Sentado al borde de una silla desfondada, / mareado, enfermo, casi vivo, / escribo versos previamente llorados / por la ciudad donde nací”.

Según la Wikipedia, es a partir del libro *Cólera de buey* que “Gelman experimenta y descalabra las más diversas expresiones con el fin de madurar su estilo”. “Prego”, del mismo libro: “como el pan a la boca como / el agua a la tierra ojalá / yo te sirva para al-

go para / que mi temblor tenga destino / y sea
dulzura en tu dulzura / o sea lluvia o sea calor /
o vuelo para que te vuelas / y vuelvas y te quedes /
o vuelvas y te vayas a / tu corazón extraordinario /
girando azul de fuego tras / los niños que te per-
tenecen”.

Eduardo Casar, al hablar de otros rasgos característicos en la obra del argentino, sostiene:



“La poesía de Gelman tiene otra característica para mí: un juego rítmico muy rico. En función del ritmo, Gelman trastoca, cambia cuestiones sintácticas y gramaticales, prefiere la expresividad a que [la escritura] sea correcta desde el punto de vista de la redacción. Me gusta también cómo Gelman toma cosas muy cotidianas. Es un hombre que ha oído a los pájaros, su obra está llena de pájaros. Lo conmueven los seres insignificantes, no entra en las grandes alturas de la física.”

Llaman la atención de Casar las preguntas en la poesía de Gelman: “Uno va preguntándose, no tanto para buscar la respuesta, sino como una especie de homenaje a la pregunta. El poeta como alguien que interroga a las cosas y no le importa tanto la respuesta como formular conmovedoramente la pregunta”. De *Los poemas de Sydney West*, falso poeta inventado por Gelman para continuar con sus juegos lingüísticos, lúdicos y expresivos, retomo un fragmento de “Lamento por los pies de Andrew Sinclair”: “¿pero Andrew Sinclair está aquí? / ¿todavía hace sonar su tristeza como un terrible cañón? / ¿no caza pajaritos? / ¿anda por ahí Andrew Sinclair?”

La tercera pregunta abordaría el tema del tango y su influencia. Ya dirán los críticos literarios que eso es evidente. Pero quería averiguarlo de su boca. Ponerme antropológico para entender por qué la sangre argentina es la única patria posible de ese “pensamiento triste que se baila”, descrito así por Enrique Santos Discépolo, o de esa “forma de platicar”, como Gelman lo nombra.

La cuarta era delicada. Supongo. Trataba sobre su participación en organizaciones militares. Deseaba saber los motivos, las razones. Cómo las armas, la violencia, fueron pasando de lo posible a lo último ante la represión en su país. Conocer qué se le removía, en ese corazón de boxeador, si yo decía 24 de marzo de 1976. Según la Wikipedia, el poeta argentino, luego de abandonar el

Partido Comunista, se integra en 1967 a las

Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), organización armada cuyos integrantes, provenientes ideológicamente del marxismo-leninismo, deseaban sumarse a los movimientos guerrilleros iniciados por el Che Guevara. Por supuesto, las FAR se opusieron a la dictadura en turno, denominada Revolución Argentina, que encabezó primero el general Juan Carlos Onganía. Durante este periodo el gobierno suprime derechos gremiales, adopta políticas económicas liberales y asume una actitud intolerante contra las universidades argenti-

nas, “[...] consideradas desde el gobierno como cunas de la subversión y el comunismo”. Años después, en 1975, Gelman es comisionado por Montoneros, otra organización militar a la cual se integraron las FAR, para denunciar internacionalmente la ya terrible situación de los derechos humanos en Argentina cuando Isabel Perón, esposa de Juan Domingo, gobernaba el país. Fue entonces, el 24 de marzo de 1976, cuando surge una nueva dictadura llamada Proceso de Reorganización Nacional, encabezada por una junta militar donde destaca el tristemente célebre Jorge Rafael Videla. El horror comienza a sembrarse. Desaparecen —creo que así lo dicen por respeto— treinta mil personas. Cinco meses después le ocurren a Gelman los duros sucesos que marcaron su vida y poesía para siempre. En este sentido, al hablar de cómo inciden en la obra del poeta los hechos políticos y sociales de Argentina y si esta incidencia se da más en él que en otros autores, Myriam Moscona afirma: “Más que los hechos políticos, lo que se ve es la huella que han dejado esos hechos en su propia historia: un verdadero ejemplo de cómo se puede poner el dedo en la llaga sin panfleto y con admirable capacidad de transfiguración. Se le agradece la no obviedad, se le agradece la música, el tener siempre en primer plano la poesía, aun antes que el discurso”. Por su parte, Casar dice al respecto:

Sí, yo creo que se da más en él que en otros poetas. Gelman usa a tres figuras de la literatura argentina que cayeron en la represión: Paco Urondo, Rodolfo Walsh y Haroldo Conti; los tres fueron desaparecidos en Argentina. Estos tres nombres se vuelven como una especie de símbolo de esa represión. Gelman, al mismo tiempo que hace los poemas, tiene una actividad de denuncia en asociaciones internacionales, para buscar a sus desaparecidos. Entonces su cercanía es muy fuerte. Si tú lees la poesía de Benedetti, está muy dolida por el exilio, en cambio la de Gelman está muy cercana al acontecimiento de la muerte como para andarse paseando por las avenidas del exilio. Es más fuerte en ese sentido.

Del libro *Hechos*, un fragmento del poema de igual nombre: “Con mano hábil lo abrió en dos cargando / de un lado más belleza y más / belleza del

otro / cerró el endecasílabo / puso / el dedo en la palabra inicial / apretó / la palabra inicial apuntando al dictador o burócrata / salió el endecasílabo / siguió el discurso / siguió la lucha de clases / el capitalismo brutal / el duro trabajo / la estupidez / la represión / la muerte / las sirenas policiales cortando la noche / este hecho explica que ningún endecasílabo derribó hasta ahora / a ningún dictador o burócrata / aunque sea un pequeño dictador o un pequeño burócrata / y también explica que un verso puede nacer del encuentro entre una piedra y un fulgor de otoño o [...]”.

Voy por la cinco: saber de cierto qué le molesta a Juan Gelman de Juan Gelman. Averiguar tal vez qué instante en la memoria, en las mañanas y frente al espejo, suele desarmarlo, sorprenderlo.

La sexta era la última: conocer sus principales influencias, los libros que lo marcaron. Que hablara con placer de los poetas o los escritores que también le dejaron cicatrices, fueran o no argentinos. Fin de la entrevista. Aquí ya nos parábamos, nos dábamos la mano y le confesaba, en serio, que cuando se me pasan las cervezas lo recito de manera involuntaria. Nomás que ahora sí, al acabarse el poema, necesariamente cierro con su nombre. Le doy su merecido lugar. Por algo es mi cómplice. Igual admito que había más preguntas, pero me las guardo por prudencia. Quizás algún día la entrevista sí se puede y don Juan prefiere arrepentirse ante tanta pretensión de un escritor que tiene la altura literaria de un pigmeo. Hablo pensando a futuro. Porque creo, y quizá conmigo otros concuerden, que aunque pase el tiempo, cuando ya no haya más premios por venir, hablar de Juan Gelman será para siempre asunto vigente. Quizás hasta se vuelva indispensable para todos, como el pan en la alacena. De cualquier forma, estoy seguro de que para su poesía, para ese su gran corazón de boxeador lírico, que suelta golpes de belleza por doquier, ya no hay exilio que valga, mucho menos cementerios. ~

